

I

Bien conocido es entre nosotros el sistema de trabajo que practica nuestro D. Joaquín: seis días de la semana los consagra á la resolución de complicadísimos asuntos profesionales, á las atenciones del bufete quizás más solicitado en el país, y á las tareas parlamentarias más arduas y delicadas; el séptimo día no descansa como Iaveh, sino que lo dedica íntegro al estudio de los autores latinos; y comparando textos, descubriendo analogías, enmendando errores, y aplicando á todos y cada uno de los asuntos el mismo ardor y la misma acuciosidad que aplica á los negocios en que se versan millones de pesos, pasa los días que los demás dan al reposo.

Casasus tiene ideada, para explicar su persistencia en el trabajo, una teoría psico-fisiológica, en virtud de la cual la labor intelectual no puede suspenderse sin riesgo de sufrir grandes perturbaciones físicas; mas tengo para mí, que su afán de dedicarse al arte, sólo obedece á un propósito de equilibrio inconsciente: durante la semana, la lucha contra las pequeñeces, las ruindades, las insignificancias y hasta las picardías,

le obliga á tener el espíritu alerta, á fin de no dejar que se ultraje á la justicia, que es su lucero, norte y guía; el domingo siente placer en sumergirse en un mar de ondas tranquilas, en que goces, penas, dolores, aislamiento, bienestar, despecho y rabia, sólo se miran como en trasunto, magnificados por el arte, glorificados por el arte y por el arte purificados y bendecidos.

Estos estudios sobre Catulo señalan, en mi concepto, el punto culminante de la habilidad y el talento de Casasus. La elección no pudo ser mejor: Catulo, por una parte, se encuentra, cronológicamente, como el primero de los grandes poetas que precedieron al imperio y, por consecuencia, anterior á todos los demás que se propone estudiar el conferencista, y por otra parte, Catulo es un poeta esencialmente moderno, esencialmente lírico conforme á la acepción clásica del término.

Los autores latinos evitan siempre el yo; muchos nos hablan de sus personas; pero no para darnos cuenta de lo que vieron ó pensaron, sino para referirnos los acontecimientos en que tomaron parte. En los comentarios de César nunca se habla de *ego*, sino de César; Horacio, que en todas sus obras, y sobre todo en las epístolas, gusta de exhibirse un poco, no lo hace con el fin de mostrarnos las diferencias que tiene respecto de los otros hombres, sino precisamente para lo contrario, es decir, para instruirnos de las semejan-

zas que tiene con ellos: trata, pues, de presentarnos no un sér anormal, extraordinario, con pasiones, goces ó dolores distintos de los de las otras gentes, sino el concepto del hombre como sér permanente é inmutable y parecido á todos los demás, como si existiera un patrón común.

En cambio, Catulo no generaliza, no trata de presentar el espécimen humano: para él no existen más dichas, más amores, más amigos, más enemigos, más bien ni más mal que sus dichas, sus amores, sus amigos y sus enemigos, y que el mal ó el bien que le aquejan. A los otros poetas, serenos, olímpicos, altos, indiferentes, no podemos entenderles fácilmente: están sobre nosotros y sobre nuestro modo de mirar las cosas; á este pobre poeta veronés que nos abre su alma, que nos muestra sus heridas todavía sangrando, sus cicatrices todavía frescas, la mueca de sus dolores, el gesto de ironía con que se burla de sus enemigos, el ademán de desesperación con que pide perdón y misericordia, á éste sí le entendemos y le amamos porque es semejante á mí, á mi amigo, á mi vecino y á todo el mundo, que si sentimos mucho sólo lo vemos expresado cuando tropezamos con espíritus selectos que nos interpreten y amplíen, como lo hace Catulo. Ninguna elección, pues, mejor que la de Catulo para principio de una serie de conferencias sobre literatura clásica.

II

El erudito, para serlo con fruto, necesita tener al mismo tiempo que una inmensa doctrina, un talento reproductor, un alma grande y noble abierta á todos los entusiasmos y á todas las novedades, y un sentido artístico delicado que le consienta desentrañar del manuscrito amarillento, del trozo aislado y sin contextura, de la frase ambigua y al parecer insignificante, el alma de las cosas, el sér antiguo, persistente y tenaz que las anima, el hilillo de oro que une como atadura tenue á todos los hombres que han gozado, sufrido y llorado, cualesquiera que sean los países, los tiempos y las latitudes en que hayan existido. De otro modo, el erudito sólo será el tonto adulterado por el estudio de que hablaba Cánovas—un hombrecillo impertinente y fastidioso en quien el epigrafista perseguirá á muerte al historiador, el filólogo será enemigo encarnizado del literato y el arqueólogo matará al artista.

Casasus posee el prodigioso poder de evocación, el dón de la vida, la lucidez de espíritu que permite adivinar al través de los libros el fondo de las almas,

y eso ha logrado maravillosamente en su estudio sobre Catulo.

Poniendo á contribución la historia literaria, la epigrafía, la paleografía, la gramática, la lingüística, la cronología y todas las ciencias auxiliares; estudiando á todos los autores, desde Varrón y Macrobio, hasta Lachman, Bachrens, Munro y Elis, ha logrado presentarnos á Catulo tal como le conocieron sus contemporáneos: amable, tierno, dulce y expansivo.

Le vemos al lado de sus amigos, de Camerio, de Cecilio, de Alfenio, de Cornificio, de Cinna, de Vario, de Fabulo y de Veranio, sobre todo de Veranio, cuya persona prefiere á las de trescientos mil amigos, á quien ama más que á sus ojos y á quien escribe con fórmulas como la de *Verani optime tuque mi Fabulle*. Estamos al lado del poeta cuando yace nervioso en el lecho, esperando que nazca el día para reunirse con Calvo, y le sentimos impaciente cuando espera besar los dulces ojos de su Juvencio.

Cómo se nos conturba el corazón cuando le miramos volver de la Troada, después de haber cumplido los últimos deberes cerca de las mudas cenizas de su hermano y decir en versos mojados de lágrimas:

Tecum una tota est nostra sepulta domus;
Omnia tecum una perierunt gaudia nostra,
Quæ tuus in vita dulcis alebat amor.

Cómo hace el biógrafo penetrar á nuestro ánimo la impresión de que aquel carácter sensible, dulce, sin-

cero, que si sabía amar hasta el transporte, podía también odiar hasta el furor. Casarus nos ha trasladado sus epigramas contra Mamurra, el favorito de César, orgulloso por la belleza que le atribuían los provincianos ignorantes, á pesar de su deforme nariz, *turpicula puella naso*; contra Ignacio, que lucía su apretada barba negra y sus dientes blanqueados con un dentífrico inmundo; contra Rufo, que llevaba en las axilas un chivo que hacía huir á las niñas, y contra Furio, y contra Aurelio, y contra Gelio. El docto comentador discurre sobre las causas que hayan movido á Catulo á lanzar sus yambos contra aquellos infelices, y resuelve que lo que probablemente había excitado la ira del poeta, era los celos que abrigaba por Lesbia, que á la sazón ya

Se entregaba en las calles y en las plazas
A los hijos magnánimos de Remo.

Este, este episodio de los amores de Lesbia y Catulo, es la parte que Casarus ha estudiado con predilección. Con qué arte aparece el poeta, primero dedicado á la vida de molicie y enervamiento de los romanos de su tiempo, invitando á festines en que habría buen vino y buenos platos *non sine candida puella*; celebrando las fortunas amorosas de sus amigos y cantando al viejo Falerno y á los deleites de Venus. De repente, el biógrafo nos presenta al autor de alegres *nugæ*, de *ineptiæ* llenas de libertad, cogido co-

mo en una red en el amor de la famosa Clodia Quadrantaria, que le tortura, le halaga, le ama, y concluye por arrojarle de su lado.

Tras los días brillantes en que «le llamaba á citas frecuentes aquella mujer amada, como no lo será ninguna,» vienen la traición y la infidelidad: Catulo duda, y aunque ella le promete «no acceder ni de Jove á los deseos,» él se convence de que

las promesas de mujer se escriben
sobre el agua que corre y sobre el viento.

A veces está seguro de su desgracia y procura conformarse con ella: está conforme en perdonarle algunas raras y secretas infidelidades: al fin no fué su padre quien la trajo á su casa, sino que ella se escapó de los brazos del esposo; pero pronto llegan á tanto los desmanes de la amada, que rompe con ella, abrumándola á injurias y llamándola con los nombres peores. Entonces se queja de que su amor ha sido destruido como la flor que destruyó el arado, y pide á los dioses, no que Lesbia le ame, no que se vuelva casta, sino sólo que le quiten á él aquella fiebre terrible, aquella enfermedad tenacísima que se había agarrado á su cuerpo sin querer abandonarle.

Así, destrozado y lleno de dolores, murió Catulo á los treinta y tres años, probablemente á consecuencia de una enfermedad del pecho.

Todo esto se resume en unas cuantas palabras; lo

que no se puede sintetizar tan fácilmente, es el calor de humanidad que impregna el trabajo del Sr. Casasus, y el vivo interés con que el extraño lee ó escucha esa triste historia de amor, parecida á ratos á la del caballero de Grioux, á ratos á la de Rousseau, y siempre destilando pasión, actualidad y verdad.

Yo encuentro gran semejanza en la manera de plantear y desarrollar los asuntos entre Casasus y un gran historiador moderno, *doblado* (perdóneme la palabra mi ilustre maestro de la Peña), *doblado* de humanista, Gaston Boissier. El insigne sabio, desde el libro que hace cerca de cuarenta años escribió sobre *Cicerón y sus amigos*, hasta el que hace unos cuantos meses anda en estampa dedicado á Tácito, sigue un método que se parece mucho al de nuestro insigne director: resucitar los huesos áridos, hacer revivir la escoria y probar que no hay nada que se parezca tanto á la vida como la vida misma, y nada que dé más aire á la verdad que la verdad completa y descarnada. ¿Quién no recuerda, vamos al decir, á cualquier familia moderna, al pasar revista á aquella mujer de Cicerón, devota y malhumorada, á aquel hijo borracho y jugador, á aquella Terencia bien amada, infeliz durante toda su vida, y á Atico y á Pomponio y á César y á todos los que pasan por el libro, tristes ó alegres, dichosos ó displicentes, rumbosos ó miserables, sanos ó enfermos?

Con el cuidado con que compulsaría los documen-

tos de que dependiera la suerte de una familia, Casusus va examinando lo relativo al nombre de Catulo, su patria, el año de su nacimiento, la calidad de sus padres, el estado de sus negocios y todo cuanto puede dar cabal idea del héroe y de su vida.

Recuerdo muy particularmente la discusión acerca de la fortuna del padre del poeta, en que prueba el crítico, con inducciones muy acertadas, que el hecho de haber convidado aquél á comer á César y á su séquito, acredita que poseía un gran caudal.

No menos sagacidad y agudeza demuestran el estudio sobre los textos de Catulo, el de sus endecasílabos y el de su versificación, en el cual se hace ver que si el amante de Lesbia merece el epíteto de *tener*, también le conviene admirablemente el de *doctus*, que él tenía en mucho, pues dió leyes inmutables á la versificación latina é introdujo metros y combinaciones que fueron la base de la lengua que hablaron sus sucesores.

Permítaseme que mencione en particular, como dignos de todo encomio, los estudios sobre los dos epitalamios, sobre la elegía *La cabellera de Berenice* y sobre el cuento épico de Tetis y Peleo. El lugar en que Casusus describe la alcoba imperial, los coros de mozos y mozas y la aparición de Vésper á la llegada del esposo, quedará siempre como uno de los más bellos y viriles trozos de prosa escritos en México.

También, á riesgo de ser largo, debo consagrar una

palabra al parecer de Casusus sobre la filiación poética de Catulo: expone brillantemente, citando á Mr. Augusto Conat, los caracteres de la escuela alejandrina, y concluye probando que el veronés no era un alejandrino, ó más bien dicho, un decadente, sino hombre de su país y de su tiempo que cantó los ideales romanos, la virtud romana y todo lo relativo á aquel gran pueblo, con voces que trascendían á lo hondo de una organización esencialmente latina.

III

Al llegar aquí se me ocurre una duda que no quiero dejar de exponer: ¿el señor Casusus ha escrito los trabajos que celebro, sólo por afán de artista, por dar gallarda muestra de su grande y variada erudición en general, y en particular respecto del asunto á que se contraía su estudio, ó tuvo algún otro fin y alguna otra tendencia distintos de los apuntados? Yo me inclino á creer que pasó esto último, y todavía más, que esa tendencia fué la de inclinarnos á beber en la fuente eterna é inagotable de la belleza antigua, como quien está convencido de la diafanidad y pureza de sus salutíferas aguas.

El señor Casusus, creado á los pechos de la literatura clásica, sabe perfectamente que quien la cultiva, mejora y perfecciona las facultades que recibió de la naturaleza, y hasta suele, por torpe y desmañado que sea, dar á sus obras quilates de perfección de que carecerían en otro caso. Sabe que no comete robo quien se aprovecha de la legítima que le dejaron sus padres, y sabe, en fin, que aunque hubiera cualquier delito en la apropiación de la heredad común, la falta no sería punible, pues según doctos pareceres (entre ellos

el del discreto Cornelio Alápide), son acreedores á indulgencia los israelitas que sacaron, á su salida de Egipto, vasos y ánforas que consiguieron prestados, á causa de que reprodujeron sus formas en otros ejemplares igualmente bellos.

Nuestro discretísimo director conoce, como pocos, las literaturas modernas (sobre todo la francesa, que *versamus mane versamus diurne*), y conoce que el carácter de las nuevas escuelas consiste, sobre todo, en el predominio exclusivo de la imaginación, que toca ya en los límites del desarreglo y del desenfreno. ¿Qué tendencia, pues, más natural que procurar armonizar y fundir esos caracteres con los de serenidad, primor, elegancia y esmero, que son las características de la literatura clásica? No de otro modo los cosecheros mezclan y refunden el vino ligero y espumoso con el de mucho cuerpo, para sacar una tercera entidad que reuna, en síntesis, los caracteres mejores de ambos productos.

Todos guardamos de la enseñanza del latín los peores recuerdos: la hora que para esa clase se escogía, que generalmente era la de la siesta; el viejo maestro, lleno de muletillas y de reglas absurdas, amenazando con la condenación eterna á quien equivocara una regla de *verbitos* ó fuera capaz de confundir *X et Z* con *A lavo fit lavi lotum*; el viejo Nebriense con sus versos macarrónicos; el *Arte explicado* de Don Marcos Márquez de Medina, lleno de *bouta-*

nada de esto es cierto ó yo no he logrado lo que me propuse, querría, á lo menos, que mi estudio no les pareciera á ustedes demasiado largo, mazacotudo y fastidioso, como me figuro lo creería alguien que no me quisiera tan bien como los socios del Liceo Altamirano.

México, Julio de 1903.

Victoriano Salado Alvarez.

CATULO